

JUAN GIL-ALBERT, *Un arte de vivir*, Editorial Renacimiento, Sevilla 2017, 164 pp, ISBN: 9788416981618.

Juan Gil-Albert, poeta alcoyano del siglo XX, no solo es considerado uno de los autores más influyentes de su época, sino que además es un personaje de gran fuerza, encanto en su escritura y reivindicativo, tanto en sus obras como en su vida privada.

Hijo de uno de los industriales más importantes de Alcoy en los años veinte, consideraba su primer gran éxito haber tenido la oportunidad de entregarle el anillo al cardenal Benlloch durante sus años de estudiante en los Escolapios de Valencia. Antes de insertar la joya en el dedo del eclesiástico recitó un poema que acentuaba su importancia. Su procedencia de una familia burguesa le permitió tener estudios privados en su propia casa antes de empezar en las monjas de Alcoy. Posteriormente, a los nueve años, la familia se trasladó a Valencia, donde entró en el Colegio de los Escolapios. Amante de la poesía, empezó sus estudios de Filosofía y Letras en la capital, aunque nunca llegó a terminarlos, porque, tal y como afirmaba, eran de gran aburrimiento.

Con influencias de Gabriel Miró, Valle-Inclán y Azorín, publica su primera obra en prosa en 1927. Son poetas de gran renombre como García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández o Pablo Neruda entre otros, los que le ponen en contacto con el arte que ellos trabajaban. Sus primeros poemas fueron publicados en 1936, época en la que, comprometido con lo que estaba ocurriendo en su país y contra todo pronóstico, estuvo del lado de los republicanos.

Falleció en 1994 llevando a las espaldas 90 años llenos de éxito y reconocimiento. Su consagración le llegó cerca de una década antes de su muerte, con el Premio de las Letras del País Valenciano y la medalla al Mérito de Bellas Artes. Además, fue nombrado doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante e hijo predilecto de Alcoy. Distinciones a las que hay que sumar su participación en el consejo de redacción de la mítica revista *Hora de España*, de la que llegó a ser secretario.

Es necesario un mínimo conocimiento de la vida del autor para poder comprender el valor de *Un arte de vivir*, conjunto de textos en los cuales Juan Gil-Albert muestra sus más profundos pensamientos, desencadenados por situaciones fatales que le tocó vivir, junto a reflexiones sobre sus sentimientos, su tiempo o sus creencias.

Tres grandes temas recorren *Un arte de vivir*: el amor, la sociedad y la religión. En primer lugar, el amor es uno de los motivos sobre los cuales más habla Gil-Albert, ya que su homosexualidad y la época que le tocó vivir colisionaron. En sus escritos encontramos cierta solución y desahogo a tal

conflicto. Considera el amor como un fenómeno inquietante para el hombre, lo más inquietante de su vivir, y vemos el sentimiento de asfixia que le produce la dificultad para expresar sus sentimientos cuando, mediante palabras de tristeza, compara constantemente pasiones con fatalidades. Afirma, y uso sus mismas palabras, que luchar contra la naturaleza que nos ha sido impuesta es doloroso, y mucho más si lo hacemos apoyándonos en ella, conviviendo con ella. Es imposible luchar contra algo con lo que convives.

Personaje de gran fuerza para penetrar en su propio interior, no tiene miedo de hacerlo, y en él afirma que encuentra peligrosas torturas. Hace referencia a la homosexualidad, sobre la cual escribe quejándose de que todo aquel que tuviera la osadía de opinar sobre algo que no vive, lo haría sin la consciencia necesaria, y solo aquellos que la comparten pueden opinar sobre ella. Se preocupa por si acaba siendo un solitario que nunca ha llegado a encontrar la compañía tan deseada y esperada a la que se refiere constantemente.

En cuanto a la sociedad, el segundo de los grandes temas en los que se divide el libro, es necesario tener en cuenta que dentro de este hace referencia a muy variados puntos, que nos acercan cada vez más tanto al período en el cual vivía el autor como a sus opiniones al respecto. Situándonos en la guerra civil y la posterior etapa franquista que España sufrió en el siglo XX, Gil-Albert destaca por ser uno de los escritores más comprometidos con la situación que el país estaba padeciendo, y como en el mismo prólogo del libro se asegura, es uno de los personajes a los que más le cuadra la expresión de *exilio interior*. Pese a ser hijo de burgueses, es un esteta de moral antiburguesa, llamado *Señorito rojo* por los vencedores de la guerra. Participó en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, colaborando en la redacción de la Ponencia Colectiva. En sus escritos hace referencia al *mundo moral burgués*, que no opone al *proletario*, sino que es más bien tratado sencillamente como la sociedad en la que vive.

Su forma de referirse a la época es, en un principio, eufemística, pero, a medida que pasan los años, vemos que el miedo se desvanece y habla con total honestidad de lo que estaba sucediendo. El exilio que sufrió le dificultó su supervivencia, y eso se ve reflejado en forma de quejas a lo largo de la colección de escritos. Trata temas como los diferentes tipos de poderes que se reparten el dominio del país, entre los que destaca la Iglesia, pieza clave del engranaje fascista, frente a la cual se encendió su espíritu crítico. También habla del régimen en sí, e incluso del idealismo comunista, que entiende que se está contagiando poco a poco del espíritu del capitalismo.

En una de sus reflexiones el autor analiza la más que segura pérdida de la soberanía nacional, fenómeno que según su parecer lleva al pueblo y al país a degradarse. No obstante, concluye que hay quienes prefieren gobernar sobre un pueblo inconsciente e irreflexivo, ya que así es mucho más fácil conseguir su subordinación y sumisión.

La obra está repleta de reflexiones de obligatoria lectura sobre el pueblo, el Estado y la ciudadanía, así como sobre hechos de relevancia moral como los estereotipos impuestos, la madurez necesaria para poder llevar a cabo una vida medianamente digna entre adversidades o la dificultad de los individuos para expresar sus ideales.

En último lugar, Juan Gil-Albert habla de la religión. Con recurrentes referencias a personajes bíblicos, explica sus opiniones a través de palabras, algunas veces, irónicas. Más que de la Iglesia en sí, sobre la cual ejerce una dura crítica por su afección hacia el régimen totalitario, habla de valores y pecados, siempre ligados a la educación religiosa, incluso hoy en día.

Afirma en un pequeño homenaje a Einstein que no cree en ningún dogma, ni humano ni divino. Sin embargo, también afirma que cuando es feliz considera que Dios existe; pero esta declaración va ligada a la satisfacción de los placeres carnales, en un momento de alegría y armonía consigo mismo.

Hay una cuarta materia, presente también en gran parte de la colección de relatos que merece mención: el arte. Encontramos en ellos incesantes referencias a experiencias con detalles artísticos, el relato de sucesos de gran interés para todos aquellos que nos sentimos atraídos por todo lo relativo al arte, historias de algunos cuadros entreveradas con los sentimientos por ellos provocados y relatos magníficos inspirados en todo lo que le regalan tales vivencias.

291

En conclusión, el conjunto de textos no solo permite adentrarse en las entrañas más personales y profundas de uno de los poetas más importantes del siglo anterior, sino que además invita a hacer una reflexión del pasado del país, de cómo afectó a aquellos que únicamente luchaban por la libertad de expresión y la posibilidad de llegar a lo más alto. Juan Gil-Albert lo consiguió. Para finalizar me gustaría citar una de sus reflexiones a lo largo del libro que creo que no solo es muy representativa del autor, sino que incita a meditar sobre lo que nos propone:

Los dogmáticos legislan; los rebeldes viven.

Gloria Saurí Nicasio